

Caracas / Montevideo: Fondo Editorial La Nave Va / Ediciones Trilce, 2001

Angelus novus de la la historiografía

Sopla una tormenta desde el Paraíso que se ha enredado en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede cerrarlas. Esta tormenta le empuja imparabile hacia el futuro, al que él le vuelve la espalda, mientras el montón de ruinas delante suya crece hasta el cielo.

Walter Benjamin

SI LOS HOMBRES de letras latinoamericanos tuvieran, como los rockeros o los beisbolistas, su *hall of the fame* de la crítica y la historiografía cultural, Ángel Rama, sin lugar a dudas, sería elegido en primera votación, con su nombre escrito en la mayoría de las papeletas escrutadas. De allí el interés suscitado en la recepción del *Diario 1974–1983* de quien tuvo rol protagónico en el circuito cultural del boom latinoamericano y, es considerado –junto a Antonio Cândido, Gutiérrez Girardot y Cornejo Polar– pionero de los nuevos estudios críticos sobre cultura y literatura de América Latina que surgen entre los años 50 y 60, al tiempo que su presencia y alcance se extiende hasta nuestros días, como certifican las constantes revisiones en simposios y congresos universitarios de textos fundamentales como *La Ciudad Letrada* y *Transculturación narrativa en América Latina*.

Este *Diario* del desarraigo, del viaje hacia el no retorno, es entendido por Rama como un «repliegue» [58] a través del cual nos muestra sus «heridas secretas ... sus obsesiones y temores de siempre» [37] escrito «como una voluntariosa imposición» [96]. Pero es también una excepcional localidad para asistir a los encuentros, discusiones y entretelones del *star system* cultural latinoamericano, a través de las dos libretas de anotaciones que conforman su diario «ni público ni privado» [33] por las que transitan Cortázar, García Márquez, Fernández Retamar, Damián Bayón, Vargas Llosa, entre otros, y obviamente, la escritora y crítica de arte argentina Marta Traba, su compañera en el período que abarca este *Diario*, aunque en principio, no se trate de hacer apología del *vouyerismo* –acaso una invitación– en esta época de grandes hermanos massmediáticos, tal como señala Rosario Peyrou en el esclarecedor prólogo que

acompaña la edición del *Diario*, que proporciona diversas referencias que complementan la discontinuidad de éste. Entre ellas una que resulta poderosa clave de recepción para estas notas del destierro de Rama, como es su interés

por aprender alemán a sus cuarenta y ocho años en un curso lleno de jóvenes estudiantes, porque quiere leer a Walter Benjamin en el original [20].

Y es que la mirada angustiada y melancólica del ángel benjaminiano de la historia, nos guía a través de estas fracciones de vida de quien ha dejado las certezas de su país natal y se encuentra al borde los cincuenta años «sin saber que será de uno mañana, como en un incesante derrumbamiento». Bajo el signo de esa visión, Rama retrata –salvo excepciones– a críticos, profesores, artistas y escritores que conoce o reencuentra, tanto en Venezuela como en Estados Unidos o en Europa.

En oposición con el comentario que le hace el poeta y periodista venezolano Luis A. Crespo –«tú eres el único uruguayo solar que conozco» [90]– son pocos las entradas de este *Diario* en las que Rama no deja su impronta formal melancólica sobre los efectos del tiempo en las conductas, humores y voluntades de sus pares. Sobre la delegación de latinoamericanistas –integrada por Darcy Ribeiro, Sergio Buarque de Holanda, Fernández Retamar, Leopoldo Zea y Arturo Ardao– convocada por él en Caracas para discutir sobre el proyecto editorial *Biblioteca Ayacucho*, los describe como una

partida de soldados derrotados, viejos, perdidos de su propio ejército (...) que se van poniendo grises y blancos, mientras rotan incansables, por los mismos sitios, repitiendo las mismas palabras [40].

Rama contempla su vida y entorno como ruinas, regidos bajo un tiempo saturnino, entendido como pérdida frente aquello a lo que se ha estado vinculado, y aunque este texto autobiográfico no sea de memorias, en el recuerdo añorante de su país está latente su voz como exilado:

no consigo acostumbrarme. Toda la cultura uruguayo de mis años se edificó contra esa situación, construyendo un entramado vigoroso y planificado destinado a instaurar la seguridad [38].

La contemplación de sí mismo deviene ruina, «es un *memento mori* perpetuo» [69]. Tras verse en una foto que acompaña un reportaje suyo en la prensa caraqueña anota «este rostro es él de un viejo arrasado por la edad, la cual ha tornado ridículo y grotesco como él de un payaso de mal circo». Su percepción física –«movimiento erguido del cuerpo como hendiendo los aires con una cabeza pronta a volar. Así soy, Dios, así soy, es inútil luchar contra el huracán con que se mueve el tiempo» [58]– resulta ciertamente análoga con la conocida descripción del Ángel de la Historia hecha por el filósofo de los «passages» parisinos.

Al ver a otros expatriados del cono sur continental radicados en París, una vez más el tiempo nostálgico se yergue en la visión de Rama:

¿para qué sirvió ese viaje y esa incorporación, a medias siempre, a otra cultura, a otra vida? Se me justifica más en Julio (Cortázar): allí pudo trabajar y hacer una obra ¿Y estos otros que son simplemente empleados pero en París en vez de Buenos Aires? [77]

Así también, al reencontrarse con una actriz uruguayo, los cascotes del tiempo se hacen presentes:

somos sobrevivientes de la edad perdida que hundieron los militares, capaces de recordar cosas que otros ignoran (...) Percibo ya a la vieja actriz, la del oficio, bastante ajena al experimentalismo o al arte extraño... [66-67]

Ese tiempo saturnino es una constante en el *Diario* incluso a nivel metadiscursivo, ya que Rama convoca su presencia como el motor que le impulsa a proseguir con su escritura

que me lleva a un ámbito interior para el que he sido tantas veces sordo y me propone la calma y la sedimentación del vivir [98].

Su apreciación –herencia de los ilustrados decimonónicos que Rama teoriza en *La ciudad letrada*– de ese orden nostálgico dejado en su París rioplatense –«Montevideo está muerto pero es una ciudad, tiene calles, aceras, transportes colectivos, cines ordenados» [79]– tenía que entrar en

conflicto en la ciudad donde inició su exilio, una megalópolis caótica, híbrida y antillana como lo es Caracas, ciudad desmontada y rehecha infinitas veces desde su fundación hasta nuestros días, y cuya porosa identidad –intuible desde mediados del siglo XIX para (con)fundirse con el Otro cultural– ha sido su rasgo distintivo por excelencia, que Rama *siente* (percepción y lamento) como «estrépito costeño» [49], «vorágine agotadora y estéril» [66], «notoriamente inhumana» [82] y de donde escapa a través de viajes a Lisboa, Standford, Barcelona, Bonn, para reencontrarse con el traspapelado orden occidental. Quizá esta entrada en el *Diario*, «el pintoresquismo ya no me compensa el desorden» [116], que anota tras un regreso del *European way of life*, «donde se han esmerado en cuidar la calidad de la vida» [115], resume sus sentimientos frente a la azarienta vida caraqueña.

Para quienes vemos en *La ciudad letrada* uno de los estudios medulares sobre la cultura latinoamericana, no podemos ignorar en algunos registros del *Diario*, un irónico gesto de la actitud del intelectual desde los tiempos fundacionales de las ciudades de nuestra América, como nos lo hizo ver el propio Rama a través de las correspondencias entre las ciudades concebidas bajo la alucinación colonizadora geometrizable y el (des)orden actual de nuestras urbes *reales*, que –parafraseándolo en su referencia a la lengua hablada frente a la palabra escrita– «pertenecen al reino de lo inseguro y lo precario», aporía que no sólo excede cualquier proyecto de sistematizar las ciudades latinoamericanas, sino que las deconstruye día a día, con sus residentes letrados dentro.

Javier Prats Khoudary

